

MÁS Y MEJOR DEMOCRACIA: APORTES DESDE EL HUMANISMO CRISTIANO.

Rocco Buttiglione

Académico de la Universidad Libre San Pio V. Italia

Al tomar la palabra hoy, en medio de vosotros, mi primer pensamiento es para Oswaldo Payá Sardinias. Todos estamos aquí reunidos para honrarlo.

Oswaldo Payá Sardinias fue, ante todo, un hombre de fe, fe en un Dios que quiere que todos seamos hermanos y fe en un hombre que es imagen visible de Dios invisible. De esta fe, que une inseparablemente a Dios y al hombre, nace la adherencia al método democrático que exige que cada hombre sea respetado en su dignidad y que tenga la posibilidad de participar en las decisiones que le conciernen, en las decisiones de su comunidad política.

Desde el comienzo de su testimonio político y civil, Oswaldo Payá Sardinias tuvo que enfrentarse con una pregunta crucial: ¿qué hacer cuando el adversario político rechaza el reconocimiento de esta dignidad y que sólo reconoce el derecho de la fuerza? ¿Qué hacer frente a la violencia y al poder totalitario? La respuesta de Oswaldo Payá Sardinias fue inequívoca y firme: no oponer violencia a la violencia, sino apelar a la consciencia del adversario y a la verdad.

En su Mensaje para la XIII Jornada Mundial de la Paz, Juan Pablo II explica cómo el poder injusto necesita de la mentira para sostenerse y cómo utiliza la violencia como respuesta a la amenaza del enemigo. Ante esta situación, el hombre libre debe evitar dos tentaciones. La primera es la de la connivencia con el poder y la de la sumisión a la mentira. La segunda es la del desafío al poder en el terreno de la fuerza. Entre estas dos tentaciones está abierto un sendero difícil, pero fecundo: decir la verdad -sin violencia- frente al poder, apelar a la fuerza de la verdad y a la conciencia del adversario, ofrecer al adversario el don más grande que un hombre pueda hacer a otro hombre: despertar su conciencia, restituirle su dignidad de sujeto moral y de hombre libre. Por supuesto que para esto se requiere de una gran libertad de corazón, hasta el sacrificio de la propia vida, y así actuó Oswaldo Payá Sardinias, hasta el final de su vida.

En este camino no estuvo solo. Él hacía parte de un gran movimiento para la liberación de la persona humana, que atraviesa la historia del último tercio del siglo XX y de los comienzos del siglo XXI. Recuerdo el testimonio del pueblo polaco, de los otros pueblos de Europa Centro Oriental y de la lucha de Solidarnosc. Recuerdo también a Vaclav Havel y a los miembros de la Carta 77. De ellos, Oswaldo Payá Sardinias tuvo la idea de actuar como si los Estados comunistas fuesen Estados de derecho, y como si sus leyes constitucionales no fuesen un engaño.

Hoy, hablando aquí, en esta tierra chilena que ha conocido tanto sufrimiento, no puedo olvidar el gran testimonio humanista y cristiano de don Eduardo Frei Montalva, y del grupo que estaba cerca de él a finales de los años setenta y a comienzos de los ochenta. Algunos de ellos están hoy presentes entre vosotros, pero no puedo nominarlos a todos, porque seguramente olvidaría a algunos.

Me referiré sólo a su hijo, a don Eduardo Frei Ruiz-Tagle, y a don Patricio Aylwin Azócar, que fueron más tarde presidentes del Chile libre. De estos hombres tengo la honra de ser y haber sido amigo. Viajaba entonces entre Polonia y Latinoamérica con don Francesco Ricci, y recuerdo la pasión con la que los amigos chilenos escuchaban los informes sobre Solidarnosc y discutían sobre la relación ideal entre su propia lucha y la de los trabajadores polacos. Era la misma pasión con la que en Polonia seguían las noticias de Chile.

Sigo guardando entre mis libros una copia del *Mensaje Humanista*, que don Eduardo Frei Montalva me regaló la última vez que nos encontramos, poco tiempo antes de su muerte, inesperada y misteriosa. Es a causa de esta historia que hemos compartido juntos que me atrevo a llamaros amigos.

Señoras y señores, amigas y amigos, me habéis invitado para hacer algunas reflexiones sobre el tema “Más y mejor democracia: aportes desde el Humanismo Cristiano”. Lo abordaré a partir del reciente llamado del Papa Francisco, a enfrentar el problema de la desigualdad y de los billones de seres humanos que viven en nuestro tiempo, en una situación de absoluta precariedad, al límite o más allá del límite del hambre. Al Papa se le ha criticado por esto, como si fuese un marxista. Es una crítica extraña, como si el marxismo hubiese inventado a los pobres. Los comunistas han instrumentalizado a los pobres, desviando sus energías hacia callejones sin salida, engendrando mayor pobreza y mayor opresión y sangre.

De muchas cosas se puede acusar a Marx y a los comunistas, pero no de haber inventado a los pobres; los pobres, su sufrimiento y desesperación, ya existían desde antes del comunismo y siguen existiendo después del fracaso del comunismo.

El Papa, muy sencillamente, nos recuerda que los pobres siguen existiendo. Entre el análisis del Papa Francisco y el de los comunistas hay diferencias enormes. Para los comunistas, los pobres son fundamentalmente los proletarios, los trabajadores asalariados. Para el Papa, los pobres son sobre todo los marginados, los que se quedan fuera del mercado mundial.

Los marxistas están en contra del mercado y quieren su destrucción. El Papa, en cambio, reprocha a los mercados existentes (que son evidentemente mercados imperfectos) su incapacidad de integrar a todos.

Por definición, un mercado perfecto ocupa a todos los factores de la producción y, por lo tanto, a todos los trabajadores. Los mercados –no de la teoría– sino de la vida real dejan, sin embargo, a billones de trabajadores en la marginalidad, fuera del mercado.

Los apologistas neoliberales olvidan finalmente que el mercado no es una ausencia de reglas, sino un conjunto de reglas y las reglas que damos al mercado hoy no aseguran su capacidad de inclusión. El asunto no es el de destruir el mercado, sino de poner el mercado al servicio de la persona humana. El Papa Francisco no es un partidario doctrinario de la igualdad. Cada sociedad debe aceptar la razonable desigualdad, que es el resultado de las diferentes capacitaciones de los individuos, de las diversas circunstancias de la vida y también del acaso y de la suerte.

Aristóteles, empero, nos advierte en la *Política* que un exceso de desigualdad mata a la amistad civil, que es la base de la comunidad política, y León XIII repite lo mismo, en la encíclica *Rerum Novarum*.

En muchas de nuestras sociedades, el nivel de la desigualdad ha crecido a tal un punto que pone en peligro la paz civil. Este es quizás el peligro más grave para la democracia en el mundo de hoy.

De eso queremos ahora tratar, respondiendo al mensaje de Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

El Papa pide a los políticos una acción eficaz contra la marginación y la pobreza. La primera reacción de un político sincero es la de un sentido de impotencia. Es como si vinieran ganas de responderle: "Santidad, no se haga demasiadas ilusiones, nosotros los políticos somos impotentes. Si hacemos leyes en defensa de los derechos de los trabajadores, los puestos de trabajos se irán a otros países en donde no hay estos derechos y nosotros nos encontraremos con más pobres, más desempleados y menos recursos para ayudarlos en sus necesidades. Si subimos los impuestos a los ricos, para reducir las enormes desigualdades de la riqueza, los ricos se irán a otros países con menor peso fiscal. Las manos de la política están atadas".

¿Qué hacer para incluir a todos los que hoy están marginados? ¿Pueden los políticos limitarse a una simple confesión de impotencia? Antes de contestar a estas preguntas debemos plantear otra, más fundamental: ¿Por qué la política ha caído en esta condición de impotencia y cómo puede salir de ella?

Expondré ahora cuatro grandes reformas que son necesarias para restituir a la política la soberanía sobre la economía. Sin estas reformas, es muy difícil o casi imposible reorientar la economía en favor de los pobres. Son reformas difíciles, pero no imposibles, y requieren de un esfuerzo internacional.

1.- El capital se ha globalizado y los derechos del trabajo no.

En los años sesenta, los Estados y la política, al menos en Europa y en Estados Unidos, no eran impotentes. Podían recaudar impuestos muy altos de los ricos para financiar a un Estado social generoso con los pobres. Podían promover los derechos del trabajo, sin miedo a que las empresas migraran a la búsqueda de lugares más favorables. Podían hacer todas estas cosas, porque existían economías nacionales, contenidas en los confines de Estados nacionales y bajo la autoridad de estos Estados nacionales.

Hoy, el mundo no funciona más así. Al final de una negociación larga y fatigosa, los acuerdos de Marrakech de 1994 establecieron la libertad de movimiento para las mercancías y los capitales. Mercancías producidas en países con salarios bajos se venden en países donde se pagan salarios más altos y los capitales son libres de buscar en el mundo los lugares que ofrecen mejores condiciones, incluido el nivel más bajo de protección de los derechos del trabajo. La economía se ha globalizado, la política sigue siendo nacional. La política ha perdido el control de la economía.

¿Es posible que nos hayamos equivocado con los acuerdos de Marrakech?
¿Debemos regresar al tiempo de los Estados nacionales, en donde cada uno se protege contra la competencia externa a través de altas barreras aduanales?

Yo creo que no. La globalización no ha tenido efectos solo negativos. Al contrario: los efectos positivos han sido mayores que los negativos. Algunos billones de hombres y de mujeres de los países que padecían hambre entraron en el mercado mundial, pudieron trabajar y producir, cuidar a sus familias, gozar de una vida mejor. Todos nosotros hemos tenidos ingresos más altos y mejores condiciones de vida. En la época de los Estados nacionales, los países pobres eran excluidos de los mercados ricos y la única manera para ampliar su propio mercado, asegurando el futuro para las nuevas generaciones, era ocupar militarmente los mercados de aprovisionamiento de los productos básicos y los mercados de exportación de su mercancías.

Hoy, la competencia entre las naciones no ha desaparecido, sino que sigue en el ámbito de la competencia económica y no en lo diplomático/militar. La respuesta a nuestras dificultades presentes no puede ser la re-nacionalización de las economías. Al contrario, debemos perseguir el objetivo de la globalización de los derechos del trabajo. Si en todos los países del mundo hubiese un nivel mínimo de protección del trabajo, el capital no podría chantajear a la política, con la amenaza de trasladarse a los países que ofrezcan fuerza de trabajo con salarios más bajos y un nivel mínimo o nulo de protección social.

Universalizar los derechos del trabajo –o los derechos humanos en general– no es fácil. Es obvio que no se pueden imponer salarios iguales en todos los países del mundo. Cada país tiene un sistema propio de precios y salarios suficientes para su realidad, que pueden ser totalmente inadecuados en otro. Más aún: países pobres, con escasa infraestructura material y de servicios, tienen como única ventaja competitiva un bajo costo del trabajo. Si el costo del trabajo asalariado fuese igualado al de los países ricos, nadie iría a invertir y a crear puestos de trabajo en ellos. Razonables desigualdades pueden y deben ser aceptadas. Pero eso no puede significar una carrera hacia salarios cada vez peores y condiciones de trabajo cada vez más inhumanas.

Estoy plenamente consciente de la enorme complejidad y de la extraordinaria dificultad de promover una negociación mundial para llegar a un Acuerdo General sobre Salarios y Condiciones de Trabajo (General Agreement on Wages and Labor). Los Gatt (General Agreements on Tariffs and Trade), que dieron vida a la WTO (World Trade Organization, Organización Mundial del Comercio) iniciaron un proceso de negociación que duró, desde 1947 hasta el presente, y que ha tenido una aceleración dramática después de los acuerdos de Marrakech.

La negociación de los derechos del trabajo es posible que necesite un tiempo igualmente largo, pero lo que no se comienza nunca se acaba. Tenemos un punto de partida, que es el que nos proporciona la OIT (Organización Internacional del Trabajo) de las Naciones Unidas, y el primer objetivo puede ser el de garantizar en el mundo la libertad de organización sindical. Los buenos sindicatos defienden mejor los derechos de los trabajadores que los tratados internacionales, pero debemos darles una verdadera dimensión mundial.

Análogamente, se necesita un acuerdo mundial sobre la imposición fiscal, para no permitir que los ricos decidan, arbitrariamente, pagar los impuestos donde se les ofrecen las condiciones más favorables. Para responder al llamado del Papa y para imponer a los ricos deberes más intensos de solidaridad, la política tiene que globalizarse. Esta es la primera tarea. La política no reconquista el primado sobre la economía re-nacionalizándose, sino globalizándose.

2.- El estímulo del desarrollo mundial no es la necesidad de hacer crecer a los países pobres, sino el consumo opulento de los países ricos.

Quisiera ahora dirigir nuestra atención a un segundo aspecto de la economía mundial. El motor del crecimiento mundial de los años pasados fue la demanda interna de los países ricos y, sobre todo, la de Estados Unidos. Estados Unidos consume más -mucho más- de lo que produce. Por eso tiene que importar mucho del resto del mundo y eso estimula la economía de los otros países, especialmente de los llamados "emergentes". Los países emergentes utilizan una gran parte de los dólares que reciben como pago de sus exportaciones, para comprar títulos de la deuda pública americana y financiar así, en última instancia, el consumo estadounidense.

Contra este sistema se pueden presentar dos objeciones. La primera es ética: ¿es justo que los pobres presten sus ahorros a los ricos para sustentar su consumición? La segunda es propiamente económica: ¿Puede Estados Unidos seguir endeudándose al ritmo actual, sin arruinarse a sí mismo y a toda la economía mundial?

Si la respuesta a ambas preguntas es no, como lo es, tenemos el deber y la necesidad de cambiar de modelo. ¿Es posible construir un modelo, en que el remolque del desarrollo sea la inversión para mejorar la infraestructura y la capacidad competitiva de los países pobres? ¿Un modelo en que los países pobres inviertan sus recursos sobre sí mismos. con la colaboración de los países más ricos?

Un país que se moderniza ofrece un mercado extraordinario a los países ya desarrollados. Hay que pasar de un sistema que financie prioritariamente el consumo opulento de los ricos a uno que financie prioritariamente las inversiones en los países pobres y también el desarrollo del mercado interno de los países más pobres. Esto es posible solo si existe un nivel muy alto de confianza recíproca entre los principales actores del sistema económico mundial.

3.- Déficit de gasto público para financiar el desarrollo.

Hoy, como en el tiempo de la gran crisis de 1929, hay en el mundo un exceso de liquidez en los bancos. Mucho dinero que no se utiliza para inversiones, porque es dominante la preocupación: ¿si producimos, quién va a comprar?.

Mucho dinero está inutilizado en los bancos, muchos trabajadores están desempleados. En 1929, J.M.Keynes dijo: es el momento justo para hacer grandes trabajos públicos, para construir grandes infraestructuras. Que el Estado pida prestada la liquidez en exceso para invertir y crear puestos de trabajo. Mejorará la capacidad productiva del país y creará capacidad de consumo, porque pagará más salarios. Eso estimulará el sector privado

a producir más, a invertir, a crear aún más empleo. Al final, el Estado recaudará más impuestos y pagará la deuda inicialmente creada.

Hoy, nosotros estamos en la misma situación de Keynes en 1929, pero no podemos hacer lo que él sugiere. En una economía globalizada, el gasto público en un país no genera necesariamente puestos de trabajo en el mismo país. Los trabajadores empleados con el gasto en déficit compran, en buena medida, bienes producidos en otros países y el efecto de multiplicación del gasto público se pierde. Al final, el crecimiento es débil o nulo, la recaudación de impuestos no sube y el Estado no sabe cómo pagar la deuda inicialmente creada. En conclusión ¿debemos renunciar a utilizar el gasto público como estímulo para el desarrollo?

Respondo que políticas de estímulo son posibles solo si son coordinadas a nivel mundial. Si todos los países, conjuntamente y de común acuerdo, practican políticas expansivas, el efecto se distribuirá igualmente en todos los países. Se necesita, como en el caso precedente, un nivel muy alto de cooperación internacional.

4.- Necesidad de un reajuste en nuestro sistema financiero mundial.

El capital debe estar al servicio del trabajo humano. El banco recibe los ahorros de las familias y les presta a los empresarios para comprar bienes y servicios, pagar salarios, producir un bien y realizar una idea empresarial. De vez en cuando, empero, algunos capitalistas tienen la ilusión de poder hacer dinero con el dinero, sin producir bienes o servicios y sin pagar salarios. Toman los capitales de los bancos y se los juegan en este nuevo tipo de ruleta que son algunos tipos de contratos de derivados (no todos). Pueden ganar por poco tiempo, pero al final pierden, y para proteger a los ahorrantes, el Estado va a cubrir las pérdidas.

Frente a esos verdaderos piratas de los tiempos modernos, las autoridades nacionales son impotentes. Tienen miedo de imponer reglas severas para la protección de los depositantes, porque los capitales pueden irse a países más tolerantes con respecto al perjuicio del sistema financiero nacional. Necesitamos un nivel mucho más alto de colaboración en la vigilancia bancaria internacional.

En conclusión: la única respuesta a la altura del desafío de la globalización económica no es la re-nacionalización, sino la globalización de la política.

Me permito ahora de traducir estos cuatro puntos en tres propuestas.

1. El inicio, a partir de lo que ya existe, es decir de la OIT, de una negociación para la universalización de los derechos de los trabajadores sobre la base de los derechos de organización sindical, y continuando con la determinación de niveles mínimos de protección social.
2. Una cooperación intensa a nivel G8 y G20, para una coordinación de políticas expansivas y un cambio del modelo de desarrollo. Hay que repensar también la estructura de estos gremios, con una participación fuerte de organizaciones económicas continentales para contrapesar la representación de la fuerza económica y la de las exigencias humanas. Hay que repensar también la relación (y la posible integración) entre esta estructura nueva y las viejas Naciones Unidas.

3. La Unión Europea está creando reglas nuevas para su sistema financiero. Lo mismo está haciendo Estados Unidos. No es difícil imaginar que el sistema será mucho más eficiente si nos damos reglas comunes y coordinadas, no sólo entre la Unión Europea y Estados Unidos, sino también con todos los otros países. Necesitamos aquí también una negociación mundial.

Estas tres propuestas se sitúan en el marco, enunciado ya por Benedicto XVI, en la Encíclica *Charitas in Veritate*, de una “governance” mundial.

Governance no significa, ni gobierno mundial ni mucho menos Estado mundial. Debemos mantener el poder lo más cercano posible al ciudadano y tenemos ya demasiadas organizaciones burocráticas y centralistas que comprimen a menudo la libertad de acción y de iniciativa de las personas.

Governance significa, en nuestro caso, ejercicio común, a través de una coordinación en red, de una soberanía que los Estados no puedan ejercer solos.

Estas no son propuestas marxistas. Los comunistas querían destruir el mercado. Nosotros queremos utilizar las energías del mercado, poniéndolas al servicio de la persona humana; queremos pasar de mercados manipulados por los ricos a mercados auténticamente libres y abiertos a la iniciativa de todos.

Los pobres del mundo son en su gran mayoría pequeños empresarios de sí mismos. Los marxistas pensaban que los pobres tenían que ser absorbidos por grandes empresas del Estado. Nosotros sabemos que la economía de Estado funciona poco y mal y que la emancipación de los pobres pasa por la incorporación de la llamada economía informal al sector legal de la economía, y por el fortalecimiento de un sector poderoso de pequeña y mediana empresa.

La economía de mercado libre puede funcionar de dos maneras distintas: al servicio de los ricos o al servicio de todos. Es tarea de la política hacer que funcione al servicio de todos.

La globalización de la política es la condición para pueda cumplir con su tarea, no de comprimir, sino de orientar la economía al servicio de la persona humana.

He intentado delinear una posible respuesta de la política al llamado del Papa Francesco en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

Quisiera ahora plantear otra pregunta, que también está de alguna manera contenida en la Exhortación del Papa: ¿Quién nos asegura que la política esté al servicio de la persona humana? ¿Cómo puede la política guiar a la economía si ella misma no tiene una clara orientación hacia el bien del hombre?

No tenemos motivos para pensar que los políticos sean mejores que los hombres de negocios. Los unos y los otros están bajo el juicio de la ética. ¿Serán por acaso los profesores los jueces últimos? Por supuesto que no.

Los marxistas pensaban que la emancipación humana fuese el resultado de un desarrollo de fuerzas sociales objetivas. Está claro que se equivocaban.

Cuando Juan Pablo II fue a Puebla, a finales de enero del 1979, propuso otra visión de la historia universal y de la historia latinoamericana. Dijo que hay una sabiduría que vive en el corazón de los pobres, en el corazón del pueblo latinoamericano. Esta sabiduría está enraizada en un conjunto de exigencias y evidencias éticas que son constitutivas del corazón de cualquier ser humano.

En la historia de Latinoamérica, esta sabiduría se encontró con la evangelización, y por eso la imagen cristiana de la persona humana es hoy el criterio ético fundamental que vive en el alma del pueblo. El pueblo tiene una cultura, y para guiarlo, el político debe escuchar, conocer y amar esta cultura.

Alimentaron a esta cultura hombres como Bartolomé de Las Casas y Diego de Guadalupe, Motolina y S. Toribio de Mogrovejo. Juan Pablo II estaba convencido que América Latina necesitaba una revolución, pero no la revolución marxista, sino una revolución orientada a esta imagen cristiana de la persona humana.

Poco antes de Puebla, yo he tenido la suerte de encontrar a un grupo de teólogos, filósofos y sociólogos latinoamericanos que trabajaban con gran entusiasmo, exactamente en estos asuntos de la cultura y de la religiosidad popular latinoamericana. Recuerdo, entre otros aquí en Chile, al Padre Joaquín Alliende, al Padre Hernán Alessandri y a Pedro Morandé, quizás el más brillante sociólogo de la cultura popular latinoamericana.

Del otro lado de los Andes, con el centro de alguna manera en el seminario de S. Miguel en Buenos Aires, sobre el mismo asunto de una teología del pueblo, trabajaba gente como Juan Carlos Scannone, Lucio Gera y Jorge Mario Bergoglio.

En la enseñanza de Papa Francisco no es difícil reconocer hoy la madurez de la semilla derramada por Juan Pablo II en Puebla. La buena política necesita aprender del pueblo. Necesita también defender la cultura del pueblo y sus valores propios, contra la agresión de un cosmopolitismo sin alma, que tiene como contenido, no el encuentro de las culturas, sino su disolución e igualmente la disolución del pueblo en una masa anónima.

El centro originario de la formación y de la transmisión de la cultura es la familia. Por eso, la batalla cultural para la defensa de la familia es, al lado de la lucha en favor de los pobres, el segundo enfoque del compromiso para una mayor y mejor democracia en nuestro tiempo.

De eso, empero, hablaremos quizás en una otra ocasión.